Nací en un pueblo de Teleorman, dentro de una familia muy pobre. Después nos mudamos a Constanza, pero durante las vacaciones de la escuela, nuestros padres nos enviaban al campo, a casa de los abuelos, a mi hermana Emilia y a mí.

Cuando cierro los ojos y regreso en el tiempo, una sola imagen clara aparece en mi mente: el camino hacia el pueblo. Era un viaje largo y muy cansado para una niña; teníamos que cambiar dos trenes y luego tomar un autobús muy viejo y roto. Sin embargo, yo era pequeña y no sentía el cansancio; cada vacación en casa de mis abuelos era para mí una aventura mágica, la entrada a un mundo aparte. Un lugar donde todo olía a libertad, a hierba fresca mojada por la mañana y al olor rico del pan caliente recién salido del horno de barro.

Para mí era el momento más esperado del año. En aquel patio antiguo, cuidado por ciruelos viejos llenos de fruta y un perro fiel que siempre se alegraba al vernos llegar saltando a nuestro alrededor, el tiempo parecía ir más despacio, de una forma más bonita. Nadie tenía prisa, nadie gritaba, nadie se olvidaba de regalar una sonrisa. Era el hermoso mundo de los abuelos: un rincón del mundo en el que la calma se sentía de verdad y el amor se notaba en cada pequeño detalle de todos los días.

Entre todos los recuerdos de aquella época, hay uno que brilla con más fuerza que los demás. Yo era muy pequeña, tal vez tenía cuatro o cinco años. Después de la comida, mi abuelo siempre quería que yo durmiera la siesta. Me acostaba a su lado y él, con una paciencia infinita, me acariciaba la espalda con suavidad hasta que

mis ojos se cerraban por completo. Mientras me iba quedando dormida, escuchaba el susurro de su voz suave que me decía al oído:

—Estás a salvo. Eres amada. Estoy aquí.

Yo era solo una niña, pero en esa caricia continua sentí todo el amor que una persona puede dar a otra sin necesidad de decir grandes palabras. Su mano era áspera, dura y agrietada por el trabajo duro de la tierra y el campo, pero para mí, en ese momento, parecía la mano más dulce y protectora del mundo. En pocos minutos me quedaba profundamente dormida. Sentía una seguridad y una paz tan grandes que ese momento jamás se borró de mi memoria.

Pasaron los años, pasaron las décadas, la vida me llevó por alegrías grandes y tormentas muy duras, pero las caricias de mi abuelo quedaron guardadas en un lugar sagrado de mi alma: limpias, suaves y como nuevas a pesar del paso del tiempo. Y aún ahora, a veces, cuando el cansancio me gana o cuando la vida se vuelve demasiado pesada y difícil de llevar, vuelvo a vivir esos momentos. Mirando la ventana de mis recuerdos, vuelvo a ver la casa antigua, el cielo inmenso lleno de estrellas, respiro el olor de la hierba seca y escucho los pasos tranquilos de mi abuelo antes de sentir su toque suave. Por un momento, vuelvo a sentir aquella paz de antes, una paz total que solo la infancia y el amor verdadero son capaces de dar.

Quizá tener recuerdos hermosos es exactamente eso: llevar contigo gestos simples, pero llenos de corazón, que se convierten en un refugio para toda la vida. Para